María Paz Montón Andrés

Cosecha en febrero

2ª EDICIÓN

Cosecha en febrero
María Paz Montón Andrés

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17415-39-6

2ª edición: noviembre 2018

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2018 María Paz Montón Andrés
© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

PRIMERA PARTE

Capítulo I: Tu abuela y sus amigos 17

Capítulo II. Decisiones 33

Capítulo III. La boda. 55

Capítulo IV. Los años felices. 79

Capítulo V. El final. 107

SEGUNDA PARTE:
TUS PADRES

Capítulo VI. Traslado a Madrid: años de ilusiones. 111

Capítulo VII. Rápidos ascensos de tu padre. 133

Capítulo VIII. Lento desencanto. 149

Capítulo IX. Trágico desencuentro. 173

TERCERA PARTE:
ASESINATO

Capítulo X. En un remoto pueblo. 187

Capítulo XI. ¡Increíble! 207

Capítulo XII. Un sospechoso. 235

Capítulo XIII. Normalidad absoluta. 263

EPÍLOGO 265

Cosecha en febrero

NOTA DEL AUTOR

Los personajes, hechos y lugares no son reales. Algunas palabras que hay en el texto y, al lector pueden parecerle mal escritas, son propias del ¨ habla de la zona" ejemplo: animalico,encerrao,abrile, -en vez de abridle-, ande,-en vez de donde- etc...

INTRODUCCIÓN

PARA MI NIETO: Te escribo este libro para desvelar algo muy interesante sobre ti y no me siento capaz de mirarte a la cara mientras te cuento lo que vas a leer. Ábrelo el día en que cumplas la mayoría de edad.

Un luminoso día de junio, el joven Manuel Figueroa Escriche camina entre campos de trigo recién segados, apretando un paquete contra su pecho. Acaricia con inquietud el envoltorio mientras intenta adivinar el misterioso contenido. Poco antes de morir su abuelo Lorenzo, la persona que más ha querido y con la que ha vivido siempre, le prometió como regalo de cumpleaños una novela escrita por él mismo.

"¡Cualquiera se imaginaba al abuelo metido a escritor!", piensa el muchacho.

Por eso hoy, al despertar, ¡al fin, dieciocho años!, su primer pensamiento ha sido para el libro. Después, casi con reverencia, inquietud y apremio, ha cogido el anhelado regalo.

Despega, nervioso, un sobre que ocupa el cuadrante superior derecho. En el interior encuentra indicaciones claras

—Sal de casa por el camino que conduce al pinar.

—Deja los árboles a la derecha para coger el sendero que lleva a la colina de S. Roque.

—Camina hasta el final y sitúate en el ribazo que separa las dos últimas fincas. Allí puedes abrir el paquete.

El sobre también contiene varios recortes de periódicos: algunos del *Lucha*, el único diario que por aquellos años se publicaba en Teruel. Manuel los ojea y lee "Ayer, en la localidad turolense de El Llano, apareció muerto en extrañas circunstancias D. José Luis Figueroa Lage, ministro portavoz del Gobierno. La policía espera…". Seguía un amplio artículo sobre el suceso.

Sorprendido, suspendió la lectura. No necesitó mirar la fecha, sabía que era febrero de 1996.

"¿Para qué habrá guardado el abuelo esto? Conozco de memoria todo lo que se publicó sobre el asesinato de mi padre", se dijo, y volvió a guardar los recortes dentro del sobre.

Emprendió el camino. Los rastrojos arañaban la piel de sus piernas, pero no lo sentía, solo percibía el aroma de la paja recién cortada.

Al llegar al lugar indicado pensó: "El abuelo me ha hecho venir a un sitio precioso. ¡Qué paz se respira!". Los nervios le impedían desatar el cordel. Rompió el envoltorio y encontró su novela. Le chocó el título:

COSECHA EN FEBRERO.
Encima había una carta.

Querido Manuel:
Te sorprenderá mi regalo de cumpleaños.

Escribí este libro poco después de que sucedieran los hechos narrados, pues no quería que, con la vejez, se borraran de mi memoria detalles importantes. He pasado los años dudando sobre la conveniencia de que lo leyeras o no, acosado por el remordimiento y con una gran carga sobre mi conciencia. Estoy informado por tu tutor, el padre Enríquez, de que andas en malas compañías, que tu amigo Froilán, al que expulsaron del centro, tiene serios problemas y que te sigue buscando. Como él mismo te ha explicado, vuestros padres fueron muy amigos. ¡No quiero que la historia se repita!

Acepta mi consejo: cuando llegue la hora de empezar tu carrera de Medicina -supongo que aún sigues pensando en ser médi-

co- vete a Estados Unidos con tu tío José; además de que él lo está deseando, su experiencia y el puesto que ocupa pueden serte de gran ayuda.

He querido que vengas a este lugar, porque aquí empieza la historia del libro. Aquí se inició tu vida.

Te debo un montón de explicaciones y voy a dártelas.

Yo no sé escribir. Jamás se me habría ocurrido pensar en hacer un libro, y menos a esta edad tan avanzada que tengo, pero tu abuela -mi querida Alicia, con la que pronto me reuniré- en alguna ocasión me dijo que podía ser poeta. Esto me animó.

Un buen amigo me ha ayudado a dar forma a mis pensamientos. Pero, los hechos se han reflejado exactamente como sucedieron.

Mira, una cosa es lo que te han contado personas siempre bienintencionadas, o lo que has leído en los periódicos, y otra muy distinta es la realidad.

No quiero morirme con la intranquilidad de que pases la vida engañado y con una idea falsa sobre tus padres.

Las cosas que vas a leer son todas ciertas: unas las he oído y comprobado, algunas las he visto y otras las he llevado a cabo yo mismo.

Te he hecho esperar estos años porque antes no serías capaz de entender nada y no querría hacerte demasiado daño, aunque no sé si es posible, y deseo hasta un poco de tu comprensión. Espero que cuando leas esto, estemos muertos todos los personajes que aparecen en mi libro, excepto tu tía Rosa, ¡Dios quiera que pueda hacerte compañía muchos años! Ella siempre te ha tenido un gran cariño solo comparable al que ya tuvo por tu madre.

Creo que mi manera de actuar te ha llevado a vivir en un ambiente bueno para ti, ¡a veces dudo! Aunque para mí no necesito justificación.

Solo te diré que yo creía vivir en un mundo casi perfecto, un mundo que había construido con ayuda de tu abuela y de otras personas amigas. De pronto, me di cuenta de que alguien quería destruirlo. No podía consentirlo y por eso me defendí.

Mi reacción ante este peligro tal vez sea incomprensible para ti. A mí, también me parece muy extraña. ¡Otra vez no sé ex-

plicarme! Como soy un labrador, te diré que fue tan inesperada como si un año se recogiera la cosecha en febrero en vez de hacerlo en pleno verano.

Juzga tú mismo. Ahí tienes tu libro.

Recibe con él todo el cariño de mi corazón, tan inmenso como mi vida. Mucho más profundo de lo que nunca podrás imaginar.

Tu abuelo.

Lorenzo Escriche.

Manuel abrió el libro intrigado. Pensó que, al estar de vacaciones, podía venir aquí todos los días para leer un rato sin que nadie le interrumpiera.

PRIMERA PARTE

Capítulo I:
Tu abuela y sus amigos

Aproximadamente cuarenta años antes de que empieces a leer esto, un hombre llamado Lorenzo, de edad indefinida, ¿cuarenta y cinco años?, con aspecto de campesino, caminaba sin prisa dejando a su espalda un pueblo llamado El Llano: un racimo de casas con la iglesia en el centro. Una enhiesta torre vigilaba los quehaceres de sus habitantes y su ritmo de vida. Un ritmo marcado por el Sol, un ritmo que para él, hoy iba a sufrir profundas alteraciones.

La gente de El Llano vive inmersa en un universo limitado por el suelo que pisan (la misma tierra que los alimenta y a la que ellos quieren y cuidan con esmero) y el cielo que los envuelve y del que vienen el viento y las lluvias. Se sienten protegidos por las pequeñas colinas que los rodean y las grandes llanuras cultivadas, visibles hasta el límite marcado por la línea del horizonte.

De trecho en trecho, el monte bajo (dueño de las tierras sin cultivar) pone una nota de verdor grisáceo y añejo.

Hombres y tierra mantienen una perfecta simbiosis de la que ambos salen beneficiados.

Nuestro caminante, Lorenzo, como todos los habitantes del pueblo, considera que su vida se complicaría si saliera más allá de este espacio conocido. Para él como para el personaje de Macondo, su pueblo es el ombligo del mundo.

Hoy no tiene ninguna prisa. Silba una alegre melodía aprendida en la niñez.

De vez en cuando, se acomoda el viejo sombrero. El sol comienza a calentar, aunque solo son las once de la mañana y se arremanga la camisa. Lleva pantalones de pana bastante gruesa, pero con el uso la mitad del tejido ha desaparecido y en algunos puntos, son casi transparentes. Sus pies están enfundados en gruesos calcetines y calzados con abarcas.

Conoce rincones agradables por allí y se encamina a uno de ellos.

El campo es un inmenso mar amarillo. Más allá, en lontananza, sinfonía de colores que pasa del verde claro al marrón oscuro con manchones dorados, cubre todo lo que puede abarcar la vista.

Lorenzo descansa en la única sombra de toda la zona, producida por una mancha de pinos; se siente invadido por la inmensa paz que flotaba en el aire.

Estaba allí con la mente casi en blanco dejándose embargar por la magia del lugar. De vez en cuando, algún pájaro solitario pasaba volando tan bajo que casi podía tocarlo al descender para picotear los granos abandonados en el suelo. De pronto... varias personas hablando a la vez, casi gritando, le sacan de su ensimismamiento.

"¡Alicia, Alicia!". Las voces se acercaban por su derecha, repetían el mismo nombre, cada vez más alto. Alzó la cabeza y en pocos segundos, la vio... Sobre la pequeña loma que tenía delante, divisó a la mujer que arrastraba una bicicleta.

Los rayos del sol a su espalda se filtraban a través de su pelo rubio y rizado, produciendo la impresión de una gran filigrana dorada sobre la que se apoyaba una figura preciosa. Para él fue como una aparición de esas que relatan los niños cuando creen ver a la Virgen.

Pudo apreciar sus piernas rectas y firmes. Un pantalón vaquero viejo, cortado por debajo de las rodillas, contenía a duras penas unas nalgas redondeadas que se adivinaban firmes. La túnica corta de tejido dúctil permitía adivinar los pechos turgentes que él imaginó rematados por pezones encabritados por la continuidad del esfuerzo.

El leve viento enrollaba la tela a su cuerpo y después la dejaba descender hasta su breve cintura. La cabeza parecía reposar sobre filiformes masas de oro y bronce.

Miraba extasiado, pero las voces airadas de un grupo de jóvenes que avanzaba por el sendero casi a su lado lo hizo volver a la realidad.

—¡Alicia!, ¡vaya susto! No te encontrábamos. ¿Dónde te habías metido? —El que así hablaba era un chaval pelirrojo con gafas pequeñas.

—Me he torcido un pie, duele mucho, no puedo casi caminar, ni tampoco mover los pedales de la bici.

—Pero ¿cómo te has separado del grupo?

—Iba la última, me he distanciado y a la vuelta de ese recodo del camino —su torneado brazo se separaba del tronco para señalar— vosotros habéis seguido por la zona llana y yo he cogido el desvío de la izquierda pensando que atajaba

—A ver, a ver. —Otro mozo se había puesto de rodillas delante de ella. Hizo que apoyara el pie sobre su pierna, gruesa y firme como una viga y comenzó a palparle el tobillo—. Esto no me gusta nada. ¡Torcedura, torcedura! Lo que tienes es un esguince. No hay más remedio que inmovilizar el pie y por supuesto no podrás apoyarlo al menos en un mes. No deberías moverte de este lugar sin que te viera un médico.

—Pero ¿cómo voy a quedarme aquí mismo? Esto es un descampado —decía la mujer, que a Lorenzo le recordó a una diosa griega que hace años vio en una revista.

—Y ahora que hemos desmontado la comuna no sabemos a dónde ir —esto lo decía una pelirroja a la que no le cabía una peca más en la cara—. ¿Qué hacemos Bob?

—Podemos turnarnos para llevarla un rato cada uno, hasta que encontremos alguna solución.

—¡Ni hablar! —Otra vez la diosa—, yo no abandono la bicicleta, es mi único medio de transporte, sin ella no podría moverme.

—¡Moverte, moverte! —decía el hombretón—, prueba a apoyarte con él y verás...

—¡Ay, ay! —dijo, poniendo el pie en el suelo— ¡Es imposible!

El sol ya calentaba bastante; aquellos mozos empezaban a sudar.

—Yo propongo…

Esas simples palabras detuvieron el movimiento de todos, sus pechos expelieron aire al unísono, como si hubieran lanzado un "¡Ah!", pensando "estamos salvados".

Todo quedó en suspense a la espera de aquella proposición.

El que hablaba era el ideólogo del grupo, un mozo bien formado, y de aspecto fuerte, al que sin embargo los grises habían puesto patas arriba más de una vez de un sopapo. Pero él seguía en sus trece. Su estoicismo era capaz de convencer a los compañeros de que estaba en posesión de la verdad. Era uno de los pioneros del movimiento anti-mili.

Pasadas las revueltas del 68, fichado por la policía, expedientado y expulsado de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos, propuso a unos cuantos compañeros —los más afines ideológicamente— formar una especie de comuna para poder llevar el tipo de vida que soñaban y preparar el cambio necesario para la sociedad en que vivían.

Y aquí estaban todos los integrantes del grupo rodeando a la accidentada.

Bob, el de las gafas redondas, con su armónica colgada del cuello y una guitarra a la espalda, de la mano de su enamorada, Carmen.

Julián, el casi médico, que palpó el tobillo. Se encargaba de mantener a todos en buen estado físico y de cuidar de Chelo, la pelirroja de la cara llena de pecas y la cabeza cubierta de rizos, como volutas de color zanahoria, con la que había decidido pasar toda la vida.

Santiago, el moreno, ingeniero agrónomo por vocación y por estudios, con una larga barba negra apuntando al suelo, del que no apartaba la vista como si quisiera convencerlos de que el remedio, para todo, sale de la tierra.

Tomás, el ideólogo del grupo, reconocido tácitamente (aunque ellos no admitieran la palabra) como jefe.

Alicia, la accidentada. Unas cuantas mujeres más y Alejandro, jurista en ciernes

El grupo era variopinto y ponía una nota casi estridente en aquel paisaje sosegado y armónico.

Todos ellos llevaban una bicicleta y varios bultos, bastante gruesos, a la espalda. Parecía que estuvieran trasladándose con todas sus posesiones.

Lorenzo, absorto mirando a la diosa, no se enteraba demasiado del dialogo que mantenían.

Algo extraño le estaba pasando. Una corriente eléctrica, de alto voltaje, recorría su cuerpo y despertaba todas sus terminaciones nerviosas, dos fuerzas contrapuestas actuaban dentro de él. Una fijaba sus pies al suelo, impidiéndole moverse. Lo mismo le pasaba a la cabeza, no podía mirar más que hacia aquella mujer. La fuerza contraria lo impelía hacia ella, quería tocarla, comprobar que era de carne y hueso, que respiraba, que no era un producto de su imaginación.

El resto de las personas, comparsas de teatro, se movían, hablaban, gesticulaban... pero para él no existían. Solo veía la preciosa cara de su diosa y unos inmensos ojos verdes que le hablaban. Empezaron lanzándole mensajes de furia: "¡Intruso! ¿Quién te permite estar aquí en medio de este grupo?".

Pasaron luego a enfado moderado: "¿Por qué tienes tú que conocer mis problemas?".

Poco a poco, mirando los ojos del hombre —algo vio en ellos que la aplacó—, los mensajes se tornaron dubitativos, "¿Qué puedo hacer?", y finalmente de impotencia, "¿Alguien puede ayudarme?".

Lorenzo no era lector de novelas de amor, si no, habría sabido que lo que sentía se llamaba flechazo.

De pronto el hechizo se rompió, como estalla una pompa de jabón. Volvió a la realidad y se dio cuenta de que estaba rodeado por un grupo de chavales desorientados que no sabían qué camino tomar. Uno de ellos, su diosa, además, tenía un problema que le impedía caminar. Se hizo cargo de la situación y se aprestó a solucionarla.

—Mirad —les dijo con su voz profunda, que tenía la virtud de calmar los ánimos—, no acabo de entender qué problema tratáis

de resolver, solo veo una chica que no puede andar y que no sabéis muy bien qué hacer con ella.

»Dentro de un rato, el sol no nos va a permitir seguir hablando aquí, así que os propongo hacerme cargo de su bicicleta y que ella se siente detrás. Vivo en ese pueblo que veis ahí delante, si queréis, vamos hasta mi casa, coméis algo y empleáis el tiempo necesario para tomar una decisión. Al menos, lo podréis hacer a la sombra.

—¿Qué os parece, aceptamos la propuesta de este señor? —preguntó Tomás.

Y dirigiéndose a Lorenzo explicó:

—Es que nosotros hacemos todas las cosas democráticamente, no admitimos el principio de autoridad.

—Ya —respondió el hombre, lacónico y escueto.

Todos estuvieron de acuerdo, les pareció bastante fácil hacer esos mínimos cambios que les resolvían el problema del traslado de Alicia; la sentaron sobre unas chaquetas dobladas, que mitigaban la dureza del asiento, se colocaron en fila india y emprendieron la marcha.

Para Lorenzo, el recorrido se convirtió en una tortura o en dulce e inesperada sensación (según cómo se mirara), y varias veces pensó que no podía seguir, que era imposible hacer el breve recorrido en la situación en que se encontraba. Alicia, en precario equilibrio sobre el minúsculo portaequipajes, se abrazó a él con toda su fuerza para no caerse.

Él solo veía sus manos, manos de diosa, de dedos largos y estrechos con uñas esculpidas delicadamente, que al apretarse sobre su estómago, adquirían aspecto marmóreo. También veía su frágil muñeca, inicio de un supuesto maravilloso brazo.

El resto del cuerpo, casi lo adivinaba... Mágicamente, su espalda de piel dura, acostumbrada a encorvarse por el trabajo, a aguantar pesados sacos de trigo, a soportar lluvias y soles en el campo, se convirtió en una fina película sensible que recubría una masa muscular surcada por incontables cadenas nerviosas a flor de piel. Y aquella espalda —hasta ahora casi insensible— percibía cualquier leve movimiento o roce.

Sentía los pechos de la muchacha tan apretados contra él que su contacto ponía en peligro el equilibrio de ambos. Hacía esfuerzos sobrehumanos por dejar de pensar en ellos, pero era imposible. Tenían vida propia y se movían incontroladamente. Si el camino descendía y la bicicleta se inclinaba, los sentía blandos, amorosos, sin forma, chafados sobre su piel y deseosos de que una manaza grande y fuerte los acariciara, los envolviera con sus dedos y casi los apretujara.

Si el camino llaneaba, dejaba de sentir toda la masa y solo notaba unos pequeños picos que le rozaban la espalda. Si se iniciaba una cuesta y la pasajera se mantenía erguida, para no caerse hacia atrás, entonces aquellos picos se clavaban en él y los sentía duros, casi punzantes notaba que le atravesaban la carne, que llegaban hasta pincharle los nervios y una descarga eléctrica le recorría el cuerpo, le dejaba los brazos y piernas sin fuerza.

Quería… castigarlos por su osadía, pellizcarlos hasta hacerlos gritar pidiendo clemencia y morderlos una y mil veces, morderlos... Imaginaba el campo marrón rojizo, levemente hinchado de las areolas de las que emergían y le apetecía pasar la lengua por ellas suavemente, sintiendo cada uno de los pequeños nódulos que confluían en la base del erecto pezón, como si de una roca eruptiva se tratara: dura e imbatible.

Para colmo, se dio cuenta de que ella estaba sintiendo algo parecido, porque su respiración, que le lanzaba aire caliente sobre la nuca, se estaba volviendo jadeante y su cuerpo se adhería cada vez más a él.

Lo que más deseaba era bajar de la bicicleta, quitarle la blusa, dejar al descubierto aquellos pechos, besar, chupar, acariciar, morder, y pellizcar hasta dejar caer su cabeza exhausta sobre la morbidez de aquella masa suave, blanda, de la que habrían desaparecido los punzantes picos, hundidos en un océano de carne satisfecha.

Supo entonces que lo que anhelaba era que todo el grupo se desintegrara, que los campos quedaran vacíos, como estaban una hora antes, que la diosa rubia reapareciera sobre la colina, que él pudiera correr en su auxilio y luego, allí mismo, sobre la tierra, hacerla suya.

Aquel hombre serio, que irradiaba tranquilidad y que hacía que el grupo se sintiera bien en su compañía, era viudo. Desde que murió su esposa, nunca tuvo mujer fija.

No es que hubiera hecho voto de abstinencia. A veces, buscaba discretos desahogos (como sabía bien Soledad, la dueña de la fonda, a la que le unía una mezcla de cariño, amistad, confianza...).

En un pueblo tan pequeño como aquel, era difícil encontrar mujeres dispuestas a solazarse, aunque había sido —y aún lo era— un mozo guapetón y bien plantado. Con el paso de los años, su sexualidad se estaba adormeciendo y, a medida que avanzaban las canas, sus apetitos retrocedían.

Por eso lo que estaba sintiendo en estos momentos, una especie de efervescencia capaz de estallar en cualquier momento y de producirle una erección sumamente incómoda e inoportuna, le provocaba un aturullamiento y una desazón solo disimulables con un obstinado silencio.

El camino que estaban siguiendo bordeaba el pueblo dejándolo a mano derecha, y cuando parecía que terminaba encontraron la casa.

El muro de piedra, no muy alto, con el que toparon rodeaba una construcción grande; entraron por un vano del mismo.

Entre este y la casa, había un gran espacio con el suelo cubierto de cemento reseco y agrietado, y bordeándolo, en la zona pegada al muro de piedra, aparecía una estrecha franja de tierra Algunas hierbas intentaban sobrevivir en aquel inhóspito terruño. Seguramente, allí se intentó poner alguna planta de adorno, pero no se había contado con las inclemencias del tiempo, que helaban durante el invierno todo lo que había conseguido arraigar.

De cualquier forma, el aspecto era descuidado.

A mano izquierda había una gran puerta, a través de la cual se veía un tractor y alguna otra máquina. Curiosamente aquella zona parecía ordenada y atendida.

Lorenzo llamó a esta zona "corral", dijo que podían dejar allí mismo las bicicletas y pasar. Así lo hicieron. A continuación, bajaron a Alicia con cuidado, caminando hacia el interior de la casa.

Encontraron una estancia amplia, la entrada. Un ancho haz luminoso procedente de la claraboya, descendía oblicuamente

desde el techo hasta el suelo. A la luz que ya había se sumó el estallido brillante que se produjo al abrir la puerta; todos los chavales quedaron deslumbrados.

Una amplia escalera que arrancaba del lateral izquierdo de la estancia, ascendía hasta el segundo piso y en el último rellano, una mujer vieja, barría mecánicamente el suelo. Tenía los ojos fijos en el grupo que acababa de entrar.

Mil partículas de polvo bailaban en el haz luminoso. Procedían todas de la basura que la anciana arrastraba como un autómata y que caían desde el piso superior.

Lorenzo y Bob, llevando casi en volandas a Alicia, levantándola por las axilas, fueron los últimos en llegar y con ellos comenzó la actuación.

Todos los personajes cobraron vida.

—Baja, Remedios, ¡baja!, que tienes que prepararnos algo para comer —casi gritó el amo de la casa—. Vosotros, entrad ahí —dijo, mientras señalaba una puerta situada en el lado opuesto al arranque de la escalera—, poneos cómodos.

La mujer de pelo blanco y larga saya negra bajó la escalera con una agilidad insospechada para su aspecto, y en voz baja interpeló al hombre.

—¿Qué mosca te ha *picao*? ¿Estás loco o qué? ¿Cómo voy a preparar comida así, al pronto, *pa* todo este mocerío?

—Venga, deja de refunfuñar, con algo sencillo bastará. ¡Saca una tinaja de conserva! Yo voy a buscar el jamón. Mira a ver si puedes preparar unas tortillas.

Sus explicaciones no aplacaron a la vieja.

—¡La *Pilarica* nos valga! A este hombre se le ha *sentao* el Sol. Si ha salido de casa tan campante esta mañana...

En un arranque de decisión se dirigió a las muchachas.

—¿Alguna de ustedes podría echarme una mano para preparar unas tortillas? Vamos, quiero decir, si es que les gustan.

—Nos encantan —corearon seis o siete voces a la vez—. ¿De qué podemos hacerlas?

—Aquí mayormente las hacemos con patatas y huevos de gallina. Ustedes... no sé, no me hago mucha idea de sus costumbres...

Estaba pensando: "Vaya bichos raros, vaya pintas, vaya barbas, vaya negros que están todos, vaya pelos, si casi no se sabe quién es hombre y quién mujer... Porque digo yo que aquí habrá de todo revuelto. ¿De dónde los habrá sacado? ¡Lo que no encuentre este hombre por los campos!".

"¡Ay Dios mío! ¿Y si nos roban? La otra noche, a la Teresa le faltaron cuatro gallinas y seis conejos".

Entretenida con estos pensamientos, no se daba cuenta de que tenía a su lado tres mozas preparadas para pelar patatas o lo que ella mandara.

La pieza a la que habían entrado también era amplia. El centro lo ocupaba una gran mesa rectangular de madera sin barnizar, cubierta por un hule de cuadros azules y blancos, y un banco, también de madera, colocado en frente permitía sentarse a comer a varias personas a la vez. Al otro lado de la mesa, había tres sillas de anea, una de las cuales ocupaba Alicia.

La vieja estaba manipulando unas sartenes sobre la chapa de la cocina de carbón y atizando el fuego para poder guisar con rapidez.

Los mozos del grupo ayudaron a Lorenzo, con entusiasmo, a partir jamón. Manejaban el cuchillo como si hubieran nacido con él en la mano; sacaron apetitosas lonchas, trocearon chorizos, hicieron tacos de cecina.

Remedios siempre fue muy observadora; se dio cuenta de que formaban un equipo eficiente, al menos en lo que a preparar comida se refería, y estaban acostumbrados a desenvolverse bien.

La mesa quedó cubierta de viandas; alrededor de ella se fueron sentando todos, un poco apretados, reservando bastante espacio para Lorenzo y Remedios.

Los primeros minutos transcurrieron en silencio, síntoma claro de que tenían buen apetito.

A medida que la comida disminuía y la bota de vino recibía unos buenos tientos, las lenguas se fueron soltando, y a pesar de que se encontraban en una situación apurada, la alegría y el buen humor afloraron.

Remedios pensó que hacía años que en aquella cocina no se oían tantas carcajadas, y un aleteo de juventud y bienestar rozó levemente su ánimo, reseco por el paso del tiempo, los trabajos de la vida y los sinsabores.

Pidió que le hicieran un sitio en el banco y se animó a echar un trago y a comer un poco.

Por arte de magia, la guitarra apareció en manos de Bob; Santiago tenía la armónica pegada a los labios, Chelo preparaba instrumentos de percusión con los cubiertos y el resto del grupo, a la vez que golpeaban en la mesa con las manos o en el suelo con los pies y haciendo palmas, empezaron a cantar.

La voz clara, grave y cadenciosa de Bob se oía por encima de la música.

El pájaro está en la jaula
alegre y revoloteando,
el pájaro está contento
parece que está cantando.
¡Ábrele la jaula al pájaro!
que, yo sé que está llorando.

Luego cantaban algo juntos, y fue Chelo quien cayó en la cuenta de que las dos personas ajenas al grupo no entendían de qué iba la canción.

No se atrevió a preguntarle a Lorenzo. ¡Estaba tan serio! Pero preguntó a Remedios:

—Oiga, ¿usted entiende lo que queremos decir?

—No mucho, no. Parece que hay un pájaro *encerrao* en una jaula y vosotros que sabéis lo que piensa el *animalico*. ¡Hay que ser listos *pa* eso! Queréis que alguien le abra la puerta. ¡Coño! *Abríle* vosotros mismos y se acabó el problema.

Una carcajada general puso punto a la frase.

Y otra vez en el mismo orden: rasgueo de guitarra y, por encima, la voz de la etérea Luisa haciendo otro solo.